



unab



Ulbro
Allá por la imaginación

Aida Martínez Carreño

IN MEMORIAN 1940 - 2009

BUGARAMANGA, 1 DE SEPTIEMBRE DE 2009

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Hemos reunido seis miradas sobre Aída Martínez Carreño, la mujer, la historiadora, la luchadora ante la vida y la esclarecedora de los vericuetos cotidianos que fueron construyendo la historia de este casi siempre aterrado y aterrador país, pero ante todo la mujer amiga y generosa de su conocimiento que tanto aportó a quienes estuvieron a su lado, a quienes pidieron su mano para llevar a cabo una investigación o simplemente disfrutaron de su lectura.

Isabel Ortiz Pérez nos interna, desde su afecto, respeto y admiración, en una Aída Martínez Carreño que estudia profundamente la historia de Colombia y que descubre el valor de abordar los hechos silenciados e invisibles de la vida privada que necesariamente hacen parte de esa historia. Nos recuerda cómo al incluir a la mujer y, por ende, desde un concepto de género, Aída hace un aporte muy importante al desarrollo de la nueva historia social del país que contada de otra manera, desde lo tradicional, desde lo meramente cronológico, seguiría sin conocerse.

Para Armando Martínez Garnica, quien nos lleva de la mano por su vida y su obra, Aída Martínez Carreño, esta mujer “interesada en la historia social del vestido, de la cocina y de la alimentación, de las mujeres y de los niños, es decir, por los temas de la historia de la vida cotidiana”, disciplinada en el oficio arduo de escudriñar en los archivos públicos y privados, no sólo fue escritora de textos históricos, sino editora de libros, labor que por estos pagos no es muy reconocida porque implica casi hacerse del lado de la sombra.

Rocío Serrano Gómez se lamenta de lo que no pudo expresarle en vida, pero le hace un sentido homenaje a esa persona que generosamente les esclareció, cuando más lo necesitaban, la vida y obra de Josefa Acevedo de Gómez. Para Rocío, Aída “nos entregó todos los ensayos que había escrito sobre la hija del Tribuno y otros documentos recopilados a lo largo de años de pesquisa archivística: libros, cartas, diarios de viajeros, poesías, testamentos, todos relacionados con la escritora granadina, y que resultaron muy valiosos a la hora de darle rumbo al trabajo”. Ella fue quien “nos ayudó a comprenderla y nos transmitió la pasión que sentía por su obra literaria, a la vez que nos compartía, sin egoísmo alguno, sus claves a la hora de investigar”.

De Silvia Galvis, periodista y novelista, no nos queda casi nada que comentar y es preferible citarla textualmente con “inmensa nostalgia y gratitud”: “fue gracias a sus meticulosos y pacientes hallazgos como pude sentar a la mesa a Rafael Núñez y a Soledad Román y supe qué comidas poner en sus platos”. Reconoce en Aída Martínez Carreño el soporte indispensable para ella como una escritora de ficción que se arriesgó a trasegar por los caminos de la historia.

Juan José Hoyos nos dice que en las palabras de Aída Martínez Carreño se encontraban “historia, y al mismo tiempo gran literatura”. Nos cuenta, como todo buen cronista, que encontró en sus libros y sus ensayos no a los héroes sino a los que de verdad hacen la historia: las ocultas, los invisibles, las pequeñas batallas diarias, “la música, la comida, el vestido, las fiestas, las relaciones entre los hombres y las mujeres; los engaños, los pactos de silencio, los celos, los modos de amar y de morir”.

Celina Díaz Díaz recuerda como Aída Martínez Carreño se dio a la tarea de averiguar “el proceso de cambio, permanencia y dominio que las indumentarias reflejaron en las diversas etapas de nuestra historia bajo dos conceptos sociales como son los efectos del dominio español en la vida cotidiana y el análisis de la permanencia o transformación de los llamados trajes nacionales”.

Sea pues la hora de leerlos y de leer a esta gran mujer que ahora forma parte de los inmortales.

Yaneth Lizarazo Ortega
Coordinadora Programa de Literatura Virtual. UNAB

EL GÉNERO EN LA OBRA DE AÍDA MARTÍNEZ CARREÑO

Por Isabel Ortiz Pérez *

Escribir sobre la vida y obra de Aída Martínez Carreño, cuando existen tantos vínculos de afecto y admiración es quizás más difícil; mis consideraciones sobre sus libros están fuertemente influidas por los lazos de amistad y de respeto que a lo largo de los años se fueron construyendo.

En mi calidad de persona dedicada a la defensa de los derechos de las mujeres y a los estudios de género, encuentro en la obra de Aída Martínez aspectos excepcionales y este intento de análisis es aún muy incipiente y merece sin duda esfuerzos mucho más elaborados que estas cortas palabras.

Aída Martínez Carreño, como estudiosa de la historia de Colombia, entendió muy temprano que la vida privada hace parte de esa historia, y que era posible un abordaje de estos hechos silenciados e invisibles. Sus numerosos artículos sobre la historia de la mujer, la vida cotidiana y la moda, así como sus dos libros, *Mesa y cocina en el siglo XIX* (Bogotá: Fondo Editorial Cafetero, 1987; 2a. edición: Bogotá, Planeta, 1990) y *La prisión del vestido* (Bogotá, Ariel Planeta, 1995), representan un aporte muy importante al desarrollo de la nueva historia social del país.

El género es un concepto comparativo que no se refiere sólo a hombres o mujeres sino, sobre todo, a las relaciones entre ellos y al cómo se estructuran esas relaciones a nivel personal y social. Es una categoría que también indaga por las normas y valores que influyen una organización social y se considera hoy día como un principio fundamental en la sociedad, que se modifica en el tiempo y depende de los factores socioculturales que modelan “el deber ser de los hombres y las mujeres” en un contexto histórico determinado. Aída Martínez, en sus diferentes

obras, se vuelca al pasado para desentrañar aspectos sutiles de las vivencias de hombres y mujeres de la época colonial y poscolonial, y con detalle y rigor se centra en aspectos poco estudiados dando luz acerca de cómo eran esas relaciones dominadas por influencias religiosas, políticas y de clase. Permite ver cómo se daban y expresaban las inequidades y desequilibrios entre mujeres y hombres, pero al mismo tiempo se detiene en mostrar la fuerza y el valor de personajes femeninos que podrían quedar en la invisibilidad y el silencio.

En su libro *Extravíos, el mundo de los criollos ilustrados*, aborda de manera profunda las discriminaciones históricas a las mujeres, tomando una postura crítica frente al conflicto entre Miguel Valenzuela y Micaela Mutis, historia real ocurrida en la época anterior a la independencia, y en cuyo tratamiento asume la defensa del personaje de Micaela y muestra las estigmatizaciones de que fue objeto por contrariar la moral tradicional. En esta obra, al tiempo que destaca la rebeldía y el valor de Micaela, reconstruye el ambiente sociopolítico de Girón, y se detiene en los conflictos políticos entre Girón, Pamplona y Socorro que enfrentaban a familias republicanas y monarquistas. Allí, entre ambiciones y conflictos inscribe y cuenta la historia de Micaela que es una mujer que en su época fue capaz de enfrentar a su esposo y a su familia, y desafió la tradición de sumisión y silencio de las mujeres. Aída Martínez Carreño en esta obra, por la cual recibió con honores el Premio Nacional de Historia en 1995, establece una maravillosa relación entre lo que sucedía en el contexto independentista nacional con las vivencias de autonomía y libertad del personaje de Micaela.

Con la obra que menciono, *Extravíos*, y conjuntamente con sus libros *Mesa y Cocina en el siglo XIX* y *La prisión del vestido*, y otros numerosos escritos, Aída Martínez Carreño llegó a convertirse en la investigadora de costumbres y vida cotidiana más reconocida del país, con un trabajo minucioso a partir de revisión de diarios y documentos personales que le permitió reconstruir desde espacios privados aspectos muy significativos de la historia nacional y hacer un valioso aporte a los estudios de género desde los diferentes contextos y épocas históricas.

* Isabel Ortiz Pérez, psicopedagoga, es la directora de la Fundación Mujer y Futuro, especialista en temas de género, educación sexual y procesos afectivos, mujer e infancia. Columnista de *Vanguardia Liberal*.

UNA MUJER DE LETRAS

Por Armando Martínez *

Aída Martínez Carreño nació en Bucaramanga el 16 de abril de 1940 y rindió su cuerpo en su casa de Tabio durante la mañana del 28 de mayo de 2009. Seis semanas antes, su familia y sus amigos más cercanos le habían preparado en su casa una cálida reunión conmemorativa de sus 69 años de fructífera existencia, acompañándola en la circunstancia de un desenlace previsto. Cinco semanas antes, tres instituciones culturales de Bogotá habían organizado en la Casa Gómez Campuzano un coloquio sobre su vida y su obra. Dos semanas antes, el Ministerio de Cultura le había impuesto una medalla al mérito por su trabajo cultural. Dos días antes, la Federación Nacional de Cafeteros le impuso la medalla al mérito por su labor cultural en el Fondo Cultural Cafetero. En fin, todos sus amigos y colegas asistimos en silencio al testimonio de su entereza ante el agotamiento de su cuerpo.

Bachiller del Colegio bumangués de la Santísima Trinidad (1958), en la Escuela de Bellas Artes de Santander mostró durante el año 1962 un abierto interés por la historia del arte y por la pintura, finalmente premiado en 1978 con el curso que realizó en Londres sobre organización de centros culturales.

El Banco Cafetero le permitió un desempeño laboral desde 1971 y le facilitó una rica experiencia en Bogotá como directora del Fondo Cultural Cafetero (1975-1990), donde pudo ejecutar el proyecto de un museo del siglo XIX en la casona de la Carrera Octava, frente al Palacio de Nariño. Fue en este escenario donde desarrolló su vocación por la investigación de la historia del arte colombiano, la curaduría de exposiciones y la labor editorial.

Poco a poco se fue interesando por la historia social del vestido, de la cocina y de la alimentación, de las mujeres y de los niños, es decir, por los temas de la historia de la vida cotidiana. Su asistencia a un seminario de maestría en historia, en las aulas de la Universidad Nacional, amplió sus perspectivas intelectuales.

Su inquietud intelectual, unida a su disciplina en los archivos públicos y privados, le fue dando una gran pericia en el oficio de la historia. Además de *Extravíos* (1996), sus frutos fueron titulados *Un siglo de moda en Colombia* (1982), *Mesa y cocina en el siglo XIX* (1985), *Tipos y costumbres de la Nueva Granada* (1989), *La prisión del vestido* (1995), *Presencia femenina en la historia de Colombia* (1997), *La guerra de los mil días* (1999), *Placer, dinero y pecado: Historia de la prostitución* (2002) y *Gun Club Bogotá, más de 120 años* (2004). Murió sin ver publicada una *Historia de Colombia para Dummies* y un ensayo sobre la *Vida y obra de Josefa Acevedo de Gómez*, que pronto aparecerá en Ediciones UIS. Se suman a estos libros muchos artículos de tema histórico publicados en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, *Historia Crítica*, el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, *Credencial Historia*, el *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República* y en algunos magazines culturales de periódicos, entre ellos *Vanguardia Liberal*.

Además de su trabajo como escritora de textos históricos, desde 1976 comenzó en el programa editorial del Fondo Cultural Cafetero su actividad como editora de libros. Allí eligió los 26 títulos de la colección básica y supervisó los cinco tomos de la arquitectura de la colonización antioqueña. Editó varios títulos en formato de lujo tales como *Pueblos de Santander* (1996), *Así es Bucaramanga*, *Bucaramanga y el Club del Comercio* y *Tipos y costumbres de la Nueva Granada*. No hay que olvidar que escribió el texto del libro conmemorativo de los 50 años de la UIS.

Declarada en 1982 la mujer del año en Santander por el Womans Club de Bucaramanga, en 1990 recibió la medalla “Simón Bolívar” que le otorgó el Ministerio de Educación Nacional. No hay duda alguna de que fue una mujer de letras pero, antes que todo, una señora en todo el sentido de esta palabra. Su notable belleza y su don de gentes, su carácter singularmente formado y su inquietud intelectual serán recordados por quienes pudieron conocerla.

Extravíos, subtitulada “El mundo de los criollos ilustrados”, es un relato histórico vinculado a la familia Mutis de Bucaramanga y a la familia Valenzuela de Girón. Personaje central es doña Micaela Mutis Consuegra, una sobrina del conocido médico y naturalista José Celestino Mutis, nacida en Bucaramanga en 1783. Su padre era don Manuel Mutis Bosio, quien había venido de Cádiz con su hermano y falleció en la villa de Mompós a finales 1786. Comerciante de notable éxito, fue alcalde mayor de minas de Bucaramanga y en 1769 contrajo matrimonio con la señora gironesa doña María Ignacia Micaela Consuegra Estrada. De los seis hermanos de doña Micaela brillaron socialmente Sinforoso y Facundo, el primero por haber sucedido a su tío en la dirección de la sección de botánica de la Real Expedición y por los embrollos en los que se metió en el Colegio del Rosario por haber ganado el tercer premio en el concurso literario sobre el tema “Si sea o no útil trabajar en la averiguación de una verdad, de cuyo conocimiento no resulta otra utilidad que el conocimiento propio”. Fue desterrado a España por el oidor Juan Hernández de Alba y confinado en el Castillo de San Sebastián de Cádiz desde el 3 de octubre de 1795. Una vez liberado regresó a Santa Fe y se ajució al lado de su tío don José Celestino. Facundo fue el más notable comerciante de inmuebles de Bucaramanga durante las dos primeras décadas del siglo XIX y de él descende la madre de Aida, doña Inés Carreño Harker, a quien le dedicó la obra ganadora del premio nacional de historia 1995.

El doctor Miguel Valenzuela Mantilla nació en Girón en 1767. Fue colegial porcionista y después becario en el Colegio del Rosario, graduándose en 1790 de bachiller, licenciado y doctor en derecho canónico. Recibido de abogado en la Real Audiencia, se dedicó a los pleitos en los estrados judiciales. El 30 de julio de 1810, cuando se organizó la junta gubernativa de la provincia de Girón, se convirtió en su secretario. Al contraer matrimonio en 1801 con doña Micaela Mutis la convirtió en cuñada de quien fuera párroco de Bucaramanga por casi 50 años, el doctor Juan Eloy Valenzuela.

Este enlace Valenzuela-Mutis prometía a los dos cónyuges un futuro promisorio en la parroquia natal de la esposa, desde 1810 convertida en villa de San

Laureano de Bucaramanga por la voluntad autonómica de sus vecinos. Pero el proceso de independencia fue la hojarasca que todo lo confundió. Tanto el cura Juan Eloy como el doctor Miguel fueron desterrados por la guerra civil en algún momento de sus vidas, y el largo exilio del doctor Miguel en Maracaibo facilitó el amancebamiento de Micaela con un pariente. Herido en su honor, a su regreso interpuso una demanda contra su esposa ante los tribunales republicanos, embargando sus bienes y mortificando su vida. Representante de la provincia de Pamplona en las sesiones legislativas de 1823 a 1826, el doctor Miguel tenía las de ganar en este pleito contra su mujer. Pero esta historia extraviada, que Aída pudo reconstruir gracias a sus búsquedas documentales en el Archivo General de la Nación, tendrá el lector que apropiársela por sí mismo.

Antes de su sensible fallecimiento, quiso Aída que sus *Extravíos* fuesen reeditados por la Universidad Industrial de Santander. No le alcanzó la vida para tener en sus manos la segunda edición de la obra con la que ganó en 1995 el Premio Nacional de Historia, pero esta institución cultural cumplió su último deseo.

*Armando Martínez Garnica, es Licenciado en Historia y Geografía por la Universidad del Tolima, Ibagué, 1981. Doctor en Historia por El Colegio de México, México D.F., Generación 1983-1986. Investigador reconocido en el ámbito nacional e internacional. Ha publicado diversos libros al igual que artículos en revistas especializadas. Actualmente se encuentra vinculado con la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander.

RELACIONES ENTRE LITERATURA, HISTORIA Y DERECHO, APORTES PARA LA INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINARIA

Por Rocío Serrano Gómez *

Como parte del reconocimiento a la obra vital de Aída Martínez Carreño, la Universidad Autónoma de Bucaramanga me ha invitado a participar de este foro sobre las relaciones de la literatura y otras disciplinas humanas. Antes que todo, quiero transmitirles a los familiares de Aída Martínez los sentimientos de gratitud y afecto que no tuve oportunidad de expresarle a Aída mientras vivió entre nosotros.

Me gustaría empezar comentando las felices circunstancias que trajeron a Aída a la Universidad Industrial de Santander y específicamente a la línea de Investigación sobre "Literatura colombiana del siglo XIX" que desarrolla el proyecto de "Las postulaciones del Estado-Nación en la literatura colombiana del siglo XIX", dirigido por la profesora Ana Cecilia Ojeda, del cual también hago parte.

Una de las líneas propuestas por el grupo ante COLCIENCIAS, era la investigación de la obra literaria de la escritora granadina Josefa Acevedo de Gómez. Aparte de escribir algunos ensayos sobre la primera escritora de la República, nuestra meta era acuñar toda su producción literaria para rescatarla del olvido teniendo en cuenta que hacía más de cien años no se reeditaba ninguna de sus obras. Sin embargo, llegó un momento en que estábamos estancadas, sobre todo por la ausencia de datos que nos permitieran comprender a fondo a esta mujer tan contradictoria en sus escritos, tan difícil de definir en lo personal. Para fortuna nuestra, un amigo común, Armando Martínez Garnica, director del Grupo de Investigación sobre el Estado Nacional Colombiano, actualmente con categoría A ante Conciencias, nos contactó con Aída Martínez con la previa y feliz advertencia

de que era la persona que más sabía en este país sobre de Josefa Acevedo de Gómez, además de ser, dijo Armando, “una señora en todo el sentido de la palabra”.

Todo fue verdad. Desde su vinculación al grupo, y sin condicionamiento alguno, Aída nos entregó todos los ensayos que había escrito sobre la hija del Tribuno y otros documentos recopilados a lo largo de años de pesquisa archivística: libros, cartas, diarios de viajeros, poesías, testamentos, todos relacionados con la escritora granadina, y que resultaron muy valiosos a la hora de darle rumbo al trabajo. Poco a poco, exponiendo cada una lo que intuía a partir de la lectura de los libros y poesías de doña Josefa, pudimos tener una idea más clara de la esquiiva personalidad de la escritora. Con paciencia, Aída nos ayudó a comprenderla y nos transmitió la pasión que sentía por su obra literaria, a la vez que nos compartía, sin egoísmo alguno, sus claves a la hora de investigar.

Parece ser que los hallazgos casuales estimulaban fuertemente sus investigaciones y proyectos intelectuales. Tal como sucedió con el expediente de Micaela Mutis, fuente principal de su libro *Extravíos*, y hallado fortuitamente mientras buscaba en el Fondo República del Archivo General “indígenas, esclavas, sirvientas, chicheras, aguadoras, revendedoras o hilanderas”, el encuentro con el empolvado retrato de Josefa Acevedo de Gómez, cuando organizaba un archivo nacional, no recuerdo exactamente cual de los muchos en los que trabajó, fue la chispa que encendió su curiosidad y que alimentó su pasión durante los largos años que duró el rastreo de la vida de la escritora. Según nos lo dijo algún día, le impactó su postura tímida, la mirada esquiiva, su fealdad, el pañolón oscuro y, sobre todo, el gorro frigio que cubría los descuidados cabellos. En general: un conjunto que no combinaba con la prestante posición que en sus tiempos se le reconocía tanto a la literatura como al hecho de ser hija de José Acevedo y Gómez.

Sólo un espíritu sensible recibe información de lo que otros desechan. Y no hay duda de que la sensibilidad fue otra de sus guías. Así lo demuestra su maravillosa descripción de las pequeñas cosas: el mobiliario, los vestidos, la comida, el sorprendente contenido de los baúles. Impacta su habilidad para rescatar sentimientos del frío protocolo judicial. Muy pocos saben descifrar en estos

humildes elementos la explicación histórica de los hechos sociales, el ambiente cotidiano del siglo XIX, sus costumbres, su moral y las razones que posiblemente impulsaron a los grupos humanos a quererse u odiarse. Su curiosidad, su sensibilidad, su señorío y su exquisito sentido del humor, así como el rigor científico de su trabajo son cualidades que admiraremos siempre. Mucha falta le hacen a la historiografía nacional personas amables y sencillas que disfruten entregando a los demás sus conocimientos, que tengan el valor de exponer entre líneas el talante de su personalidad, que asuman la academia como un trabajo honesto que aporta luz en vez de confusión. Extrañaremos su fluida pluma, su honestidad y el amor con que escribía cada una de sus páginas.

A continuación quisiera compartir con ustedes la experiencia investigativa que concluyó en la reedición de los textos de la primera escritora de la República y cómo varias disciplinas intervinieron para comprender la personalidad y el ambiente que la rodeó.

La edición de las obras completas de la escritora granadina Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861) incluye algunos ensayos escritos por las compiladoras que sirven para presentar la obra y relacionar al lector con el ambiente cultural y social que existió en la época en la que vivió la hija del Tribuno del Pueblo.

Como se dijo anteriormente, el principal reto que surgió después de leer la obra completa de Josefa era explicar la contradictoria personalidad de la autora: queríamos saber por qué ella aconsejaba tan fervientemente a sus congéneres someterse al orden doméstico y a la autoridad marital si ella misma vivió un matrimonio infeliz. ¿Cómo era posible que una mujer divorciada de un Juez de la Suprema Corte de Justicia reiterara en dos libros las reglas para mantener el matrimonio a pesar de toda adversidad? Y más sorprendente aún: conocedora de los principios liberales heredados de la Revolución Francesa, ¿porqué no reclamaba la igualdad de derechos para las mujeres?

El éxito de sus obras fue tal que tanto el *Tratado* como el *Ensayo* fueron considerados el catecismo que debía regir la vida familiar y sobre todo la conducta del “ángel doméstico”. Leídos con inocencia, los consejos sobre economía doméstica

y deberes conyugales parecen una perorata de sumisión femenina y sacrificio ante las dificultades.

No es así. Rastreando códigos y constituciones provinciales, la historiografía nacional ha concluido que existió una agenda liberal temprana que inspiró nuestra vida política desde 1800 hasta 1850 y que la institucionalización de los partidos políticos en 1849 es sólo un momento posterior en el concienzudo trabajo que emprendieron años atrás quienes se empeñaron en construir una nación independiente y soberana (Martínez Garnica, Armando, 2006).

En realidad, cada uno de los capítulos del *Tratado sobre economía doméstica*, como del *Ensayo sobre los deberes de los casados*, son una guía para cumplir el proyecto liberal que consistía, básicamente, en hacer del hogar una empresa eficiente contando con una activa intervención de la mujer como administradora de lo doméstico, colaboradora del marido y educadora de la prole. Parte muy importante del proyecto político era también la separación de poderes entre Iglesia y Estado y por esta razón la literatura recomendaba adoptar una prudente distancia del fanatismo y de los sacramentos, especialmente la confesión. Seguramente se pretendía quitarle el control de los sentimientos a la Iglesia y a cambio de eso, pasarlos al padre de familia, quien era, el principal confesor de la esposa y el director del hogar.

Como se sabe, el modelo liberal mantuvo casi en su integridad el modelo colonial de familia, con la única alteración de instaurar el matrimonio civil y el divorcio entre nosotros (1853-1856). Establecer el matrimonio civil como única unión válida ante la ley, pretendió legalizar las uniones de hecho tan frecuentes en aquella época y arrebatarle a la Iglesia el control de la vida privada. Los discursos de los liberales rescatados de periódicos de la época y, sobre todo, la lectura de las Actas Legislativas en el Diario Oficial, sirvieron para comprobar que los legisladores no querían variar en nada el orden familiar, por ejemplo, concediendo participación femenina en la política o en la milicia. Al contrario, para mantener el orden establecido en medio de la borrasca de libertades, el lenguaje liberal hizo uso de la exaltación de la mujer como el ángel doméstico y le asignó “el reino” de lo privado.

En otras palabras, la hizo responsable de la empresa hogareña enalteciendo a tal punto su lugar que era impensable controvertirlo. Lastimosamente, el límite de lo privado y lo público impidió que la mujer alcanzara una verdadera “igualdad, libertad y fraternidad”.

El modelo liberal fue acogido por la literatura y fue especialmente útil para afianzar la estructura familiar y los poderes del *pater familias*. Para demostrar que Josefa Acevedo de Gómez fue una eficaz colaboradora del proyecto familiar, rescatamos los pilares fundamentales de la agenda liberal de sus libros *Tratado sobre economía doméstica* y *Deberes de los casados*. Fruto de este esfuerzo es el ensayo “La regulación de la vida privada en la vida de Josefa Acevedo de Gómez”, que ambienta el tomo que reproduce los libros en cuestión.

Queda claro que la intención de la escritora fue difundir entre sus lectoras esos principios para fortalecer el ideario político. Adicionalmente, esa clase de escritura, totalmente inofensiva le permitió tener éxito y reeditar sus obras en dos oportunidades.

Para encontrar el aspecto humano de la escritora recurrimos a sus numerosas poesías. Justo ahí encontramos el alma de Josefa Acevedo de Gómez y las quejas que presentíamos contra el ejercicio de un poder desmesurado dentro del hogar y el sufrimiento que este puede acarrear a la esposa.

“...Dime si en estas ignoradas tierras,
Se conocían gobiernos i tiranos,
Si los pueblos se amaban como hermanos,
Si siempre esclava ha sido la mujer...” (1854, ...)

Por último, la cronología y la biografía de Josefa Acevedo de Gómez son aportes de Aída Martínez Carreño y se incluyen en el segundo tomo de la colección. Aunque reconoce que no es fácil ordenar los dramáticos sucesos que rigieron la vida de la escritora, lo logra al tiempo que mide la profundidad del impacto de esos acontecimientos en la vida de la familia Gómez Tejada, desde el matrimonio de sus padres ilustres en 1798 hasta la muerte de Josefa en 1861.

La autobiografía relata los impactantes hechos de 1810 y la persecución de que fue objeto su padre, José Acevedo y Gómez, por parte de las tropas de Pablo Morillo. Al mismo tiempo, el impacto terrible que produjo en la joven Josefa el exilio y la muerte del padre, la pobreza que le impidió estudiar y el matrimonio a sus 18 años con Diego Fernando Gómez, un primo lejano de su padre mayor que ella 19 años.

Analizando correspondencia privada, diarios de viajeros, testamentos y algunas frases soltadas al viento en los *Deberes de los Casados* y *Los Cuadros de la Vida Privada de Algunos Granadinos*, Aída Martínez trata de descifrar el secreto del divorcio de Josefa Acevedo y la magnitud de la desgracia doméstica. Parece ser que el carácter impetuoso, irascible y severo de Diego Fernando, así como su tendencia a la sátira, terminaron por derrumbar la sólida formación doméstica de su mujer.

Resultado de largos años de encantamiento y determinación, esta biografía es, además, el rescate de una de las escritoras más importantes de la historia nacional. Esperamos que la edición de la obra completa de Josefa Acevedo de Gómez sea también un homenaje de la Universidad Industrial de Santander a Aída Martínez Carreño y una manera de concluir uno de los tantos sueños que tuvo en vida.

* Rocío Serrano Gómez es abogada y docente, profesora Asistente de la Escuela de Derecho de la Universidad Industrial de Santander. Magíster en Historia e investigadora auxiliar del grupo "Cultura y Narración en Colombia", adscrito ante COLCIENCIAS con categoría D y dirigido por Ana Cecilia Ojeda Avellaneda, profesora titular de la UIS.

UNA AMIGA INOLVIDABLE

Silvia Galvis *

Hay quienes piensan que la literatura y la historia se complementan y se prestan mutuos servicios, pero también hay quienes creen que la novela se vale de la historia, la explota y la pone al servicio caprichoso de la ficción. Ambas posiciones tienden a ser ciertas: la novela histórica nace y se nutre de la historia, pero también es verdad que la literatura ha sabido ser un camino ameno, una forma atractiva y seductora de difundir la historia. La historia reconstruye los hechos y resucita los personajes silenciados por la muerte, muchas veces olvidados. La ficción los devuelve a la vida y los recrea en sus propios escenarios. Más aun: les devuelve sus vidas cotidianas. Sin embargo, las minucias del diario vivir de los personajes históricos no se podrían restaurar sin la estricta investigación de historiadores como Aída Martínez, que tanto contribuyó y ahondó en la historia del vestido, de la mesa y la cocina. Ella sabía con estricto carácter histórico, cómo vivían, pensaban, vestían y se alimentaban las gentes de todos los estratos sociales en Colombia a lo largo de nuestros periodos históricos. Particularmente, del siglo XIX. Y aquí me voy a permitir hablar de mi experiencia particular en este campo, pues fue gracias a sus meticulosos y pacientes hallazgos como pude sentar a la mesa a Rafael Núñez y a Soledad Román y supe qué comidas poner en sus platos.

Recuerdo con inmensa nostalgia y gratitud aquella tarde divertidísima que pasamos planeando el banquete y el baile, cuando yo estaba escribiendo la novela histórica *Soledad, conspiraciones y suspiros* y le pedí ayuda y asesoría. Fue su riquísimo conocimiento sobre cocina y moda y costumbres de este siglo lo que me permitió

entrar en el detalle y la minucia de lo que pudo haber sido o realmente fue el baile que Soledad Román ofreció en Bogotá para celebrar el triunfo del gobierno en la guerra civil de 1885. Luego de considerar variados platillos que podría ofrecer la anfitriona de Palacio, Aída se decidió por el siguiente menú, que en lenguaje novelado quedó así:

"un timbal de hojaldre, crece, hinchado de verduras en trocitos, de picadillo de jamón y ternera, y las perdices en salsa orleans, yacerán en cunas de tostadas ambarinas; el pescado capitán a la jardinera con papas a la duquesa; los pavos, siete en total, vendrán de afuera, pues los hornos de Palacio no alcanzaron para dorarlos. Ha dispuesta la anfitriona, previa revisión de la revista parisina *Le Commensal*, que en los ángulos de la mesa se coloquen cuatro soperas de plata con consomé al jerez; la entrada será de patés variados, acompañados de vino blanco portugués; el timbal de jamón y ternera con un tinto de marsala".

En cuanto a los postres, Aída concluyó que lo propio sería ofrecer a la sociedad bogotana y a los generales triunfantes "merengues rellenos de crema y fresas y las yemas de Santa Teresa, especialidades que han dado renombre a don Enrique Gracia, español pastelero y propietario de La Española, la mejor bizcochería de Santa Fe". No hace falta decir que su paciencia de historiadora había descubierto esta bizcochería durante su investigación y que sabía que don Enrique Gracia era un pastelero especializado en preparar pirámides de St. Honoré, eclairs, profiteroles al chocolate y pastas de las vírgenes, amén de dulces y sorbetes variados.

Para el mismo baile, sus conocimientos de trajes y costumbres podían describir desde el atuendo del arzobispo primado José Telésforo Paúl hasta la librea de los criados que atendieron el festín. Por ejemplo, Su Ilustrísima quedó elegantísimo con una "capa negra de moiré, que deja entrever la faja púrpura, al tope de la cabeza el solideo magenta". La descripción de Aída sobre la ropa íntima femenina en el siglo XIX habría hecho sonrojar al arzobispo: "los calzones hasta media pierna y enagua de holán, el corsé con doble lazo, camisilla y camisa de batista

para disimular el armazón". Encima de los calzones, las enaguas y el corsé, este fue el traje que llevó Soledad aquella noche de triunfo:

"El conjunto del vestido es suntuoso por la calidad de los materiales, de los adornos, ni qué decir de los guantes de seda marfil tejidos en espuma de mar que hacen juego con el cuello del traje, también de encaje de espuma, la falda abombada con drapeados de brocado, las zapatillas de satín verde".

Entre los invitados al banquete sobresalían por su importancia histórica don Miguel Antonio Caro y su hermana Margarita Caro de Holguín, esposa de Carlos Holguín, en ese momento ministro plenipotenciario de Colombia en Madrid. Carlos Holguín estuvo tres años en Londres y Madrid, pero su mujer permaneció en Bogotá con los hijos. Se decía entre susurros y aspavientos que Holguín era amante de la reina regente, María Cristina de Habsburgo, madre de Alfonso XII, heredero al trono de España. Por razones políticas, pese a la ausencia de su marido, Margarita Caro tuvo que asistir al banquete. Debido a esa circunstancia, mi querida amiga consideró que había que vestirla con especial recato:

"un traje negro de falla, el cuello alto y la manga larga, ribeteado el borde de la falda con un discreto fleco de mostacilla negra también; un antiguo broche de zafiro, el azul de la piedra casi negro de tan fino, tallado en forma octagonal y ceñido por pequeños brillantes será su único adorno, además de los pendientes compañeros".

Aída admiraba mucho a la escritora Soledad Acosta de Samper, figura de las letras muy importante en el siglo XIX, y recuerdo que esa tarde consideró varios modelos para vestirla y que el traje revelara la personalidad de esta mujer que había viajado al exterior, que conocía París y hablaba francés, así que el atuendo fue particularmente distinguido y moderno para la época:

"el traje color sombra de luna, exquisito el chal rojo cereza, silueteado con sesgo de terciopelo, en el pelo rubio un delicado adorno de plumas".

Sirva esta breve y singular anécdota para ilustrar las estrechas relaciones entre la literatura y la historia y también para recordar con inmenso afecto y nostalgia a esa persona valiosísima, a esa amiga inolvidable, que fue Aída Martínez Carreño.

* Silvia Galvis, graduada en Ciencia Política en la Universidad de los Andes, es coautora (con Alberto Donadio) de los libros *Colombia nazi*, 1986, y *El jefe supremo*, 1988. Ha publicado las novelas *¡Viva Cristo Rey*, 1991, *Sabor a mí*, 1995, y *Soledad, conspiraciones y suspiros*, 2002. En 1994, *Vida mía, reportajes en los que ocho mujeres colombianas cuentan sus vidas* y en 1996, *Los García Márquez*, entrevistas que rescatan episodios de la familia del Nobel colombiano. *De parte de los infieles*, 2001, recopila sus columnas periodísticas.

LOS PLIEGUES DE LA VIDA

Por Juan José Hoyos *

La historia empieza como una novela: cuatro alguaciles atraviesan la plaza y golpean en la puerta de la casa donde vive Micaela Mutis con sus siete niños y un recién nacido que, según dice la gente, ha sido concebido en ausencia de su esposo, el abogado Miguel Valenzuela. Ella recibe con insultos a los alguaciles. Ellos terminan llevándosela. Micaela niega los hechos y dice que "jamás ha pensado en amancebarse con un pariente".

Es la época de la Independencia en el siglo XIX. La historia sucede en Girón, que entonces es considerado un enclave realista. Micaela es una niña de buena familia, que ha sido alumna en el convento de La Enseñanza y es sobrina del jefe de la Expedición Botánica, José Celestino Mutis. Durante más de veinte años ha sido la esposa de un abogado realista que ha huido a Maracaibo, acosado por los patriotas de Santa Fe. Informado de su infidelidad, el esposo instaaura causa penal de adulterio y exige prisión para los culpables. Ella es encerrada en la cárcel municipal. El juez le asigna como domicilio la casa de una dama de la vecindad. Su amante, un apuesto primo llamado Juan Bautista González, también es enviado a prisión. Sin embargo, logra escapar del presidio y luego de robar los memoriales de la causa judicial, huye a Santa Fe.

De haber vivido en otra época, la existencia de Micaela hubiese transcurrido, como la de tantas esposas, dedicada a la casa y al cuidado de los hijos. Sin embargo, la espera otro destino: en la villa de Girón, declarada bastión realista,

habrá de pasar "una vida de silencio y de rabia", ante la adhesión de su marido al gobierno de España durante la época sangrienta de la Reconquista. Un año después, el acusado regresa a la cárcel, devuelve los documentos robados y logra huir a los Llanos y enrolarse en el ejército libertador. La historia continúa como una novela de Stendhal: después de largos meses de pleitos, Micaela es despojada de su dote y sus rentas. El esposo burlado propone un acuerdo perdonándola y exigiendo la entrega al amante del niño nacido del adulterio. Satisfecho con la tutela de sus hijos y los bienes de la separación conyugal, continúa con éxito su carrera de funcionario del gobierno español.

Micaela es depositada por orden judicial en casa de uno de sus hermanos y vive el resto de sus días en la amargura y la deshonra, recordando el momento en que fue obligada a entregar su hijo a un funcionario con órdenes de llevárselo, y ella se quedó viéndolo alejarse hasta ser sólo "un puntico entre los caracolies del horizonte".

La historia acaba en la alcoba donde ella está desempacando sus vestidos: "Habían pasado 20 años, pero en su baúl se mezclaban los rencores con las holandillas y los rasos".

El libro se lee con la respiración contenida. Se llama *Extravíos: El mundo de los criollos ilustrados*. Y no es una novela. En 1995, por esta obra, su autora, Aída Martínez Carreño, recibió el Premio Nacional de Historia. Según Jorge Orlando Melo, "la experiencia de Micaela, una mujer excepcional y educada por encima de los niveles usuales, capaz de enfrentar a su esposo y a su familia, sirve para comprender la época en la que una rigurosa moral sexual encubría una realidad compleja y transgresora". Destinos cruzados de la literatura y de la historia.

Aída Martínez es autora de otros dos libros fundamentales para entender nuestro pasado: *La prisión del vestido. Un siglo de moda en Colombia, 1830-1930* y *Mesa y cocina en el siglo XIX*. Entre 1974 y 1990, además, jugó un papel decisivo en la creación y dirección del Museo del Siglo XIX, y en la consolidación del Fondo Cultural Cafetero. Allí realizó por muchos años una fecunda labor editorial.

El libro de la vida de Aída Martínez acabó con el capítulo al que puso punto final un cáncer, a sus 69 años. Como afirmó el periódico *Vanguardia Liberal*, de Bucaramanga, su ciudad, "su muerte significa una enorme pérdida para la cultura colombiana".

Historia, y al mismo tiempo gran literatura, sus libros y sus ensayos no cuentan la vida de los grandes héroes y las grandes batallas. Narran las vidas ocultas de las heroínas de la vida diaria del siglo XIX; cuentan cómo eran la música, la comida, el vestido, las fiestas, las relaciones entre los hombres y las mujeres; los engaños, los pactos de silencio, los celos, los modos de amar y de morir; rescatan los diarios íntimos guardados con celo en los armarios; reconstruyen los largos y terribles procesos judiciales en los que muchas mujeres debieron comparecer como acusadas de delitos contra la moral y las buenas costumbres.

En suma, arrojan luz sobre esas pequeñas historias escondidas, esos pliegues de la vida cotidiana que, en definitiva, como las novelas, son nuestra verdadera historia.

* Juan José Hoyos es periodista y escritor egresado de la Universidad de Antioquia. Ha sido corresponsal y enviado especial de *El Tiempo*. Ha publicado las novelas *Tuyo es mi corazón* (Planeta, 1984) y *El cielo que perdimos* (Planeta, 1990) y dos libros de reportajes: *Sentir que es un soplo la vida* (Editorial Universidad de Antioquia, 1994) y *El oro y la sangre* (Planeta, 1994), con el que obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Germán Arciniegas. Es profesor de la Universidad de Antioquia y en la actualidad es columnista del periódico *El Colombiano*, de Medellín, donde, el 14 de Junio de 2009, fue publicado originalmente este texto.

AÍDA MARTÍNEZ CARREÑO O DE
LA SENSIBILIDAD FEMENINA TRAS EL VESTIDO

Por Celina Díaz Díaz *

En 1994, fui invitada por mi director de tesis al lanzamiento del libro “La prisión del vestido” de la autora que hoy conmemoramos. La lectura de su investigación y nuestro posterior encuentro en el archivo histórico regional de la UIS me puso en claro que historiar el traje, vestido, indumentaria o ropa en general, era una tarea compleja.

Como objeto científico, los trajes son fuentes de información que nos dejan reconocer texturas, telas, patrones, colores, dobleces, hilados, olores, puntadas, bordados y demás elementos propios de su estructura orgánica. Como objeto social, estas fuentes se convierten en un magno arco iris de información que a su vez nos remite a variables históricas, económicas, ideológicas, geográficas, políticas y psico-sociales, puesto que es una persona quien los luce en medio de un tejido social dinámico. En palabras de la doctora Martínez:

“el vestido es un documento que expresa realidades pero también denuncia ilusiones: en el traje de una campesina enriquecido con lentejuelas metálicas, está implícito el deseo de retener, aunque falseado, el reflejo del oro; el esclavo que en la fugacidad de un carnaval luce el lujoso vestido del amo, vive la ficción de su libertad; los indígenas al adoptar o rechazar el uso del traje español estaban manifestando el deseo o el temor de incorporar características de la raza dominante”.

Con este referente, la doctora Martínez se dio a la tarea de averiguar el proceso de cambio, permanencia y dominio que las indumentarias reflejaron en las diversas etapas de nuestra historia bajo dos conceptos sociales como son los efectos del dominio español en la vida cotidiana y el análisis de la permanencia o transformación de los llamados trajes nacionales. Bajo el primero, denominado por ella misma como el de la “prisión”, nos describe con detalle el proceso de aculturación sufrida por nuestros nativos quienes acostumbrados a la desnudez y a la exhibición de sus pinturas y joyas en oro, fueron “encarcelados” por el dominio español según sus criterios judeo-cristiano-católicos, toda vez que desaprobaban la exhibición del cuerpo desnudo. Recordemos que desde este período nuestras “vergüenzas” o nuestras “partes deshonestas” se cubren con ropa. Por ello nuestra autora aconseja que “en los museos de la Inquisición deberían exhibirse junto a las máquinas de tortura, los corsés, los guardainfantes, tontillos y miriñaques, los chapines, las gorgueras, las pelucas y todos esos artefactos europeos adecuados para costreñir el cuerpo y ponerle cepo a las ideas”.

El segundo concepto corresponde a la necesidad de diferenciación respecto a otras naciones, reconocida en un primer momento por los líderes independentistas y documentada muy sutilmente por los artistas de la Comisión Corográfica. Este es llamado por la autora como la búsqueda del traje nacional. Para ello nos deleita con una reseña histórica de algunos elementos del vestuario característicos de territorio colombiano. Entre estos se halla la muy reconocida ruana, muy común entre la gente pobre y que está descrita como “un pedazo de jerga abatanada de dos varas y media de largo y una vara de ancho, abierta por en medio para pasar la cabeza”. De la ruana se deriva, según los documentos encontrados por la autora, el llamado poncho y la llamada mantilla usados por los varones y las damas respectivamente. También hace mención como elemento tradicional o popular del vestuario colombiano los llamados camisones, enaguas y faldones. Los primeros utilizados originalmente como ropa interior fueron tomando presencia externa cuando son bordadas para convertirse en las camisas masculinas y las blusas femeninas. Las enaguas, naguas o las llamadas en la costa como polleras, generalmente hechas de lienzo blanco, fueron gestando las llamadas

faldas o faldellines que cubrían de la cintura hasta los pies el cuerpo femenino para dejar ver someramente, un pie ataviado por la conocida alpargata.

Como conclusión, la autora nos deja esta reflexión:

“En su origen todo vestido popular proviene de modas que la aristocracia y el poder utilizaron y después quedaron guardadas en los baúles y las conciencias populares: a partir de allí y antes del actual desarrollo de las comunicaciones, variaron muy lentamente. Eso los hizo aparecer inmutables, y sin embargo, su existencia es ya más cuestión de museo que de plaza. No es un lamento, es una constancia... al fin y al cabo como lo dice Ortega y Gasset, 'ningún traje popular es autóctono ni eterno y sin embargo todos lo parecen'”.

Para la doctora Aida Martínez Carreño mis más sinceros agradecimientos por sus valiosos aportes a temas de tanta importancia en nuestra vida diaria.

* Celina Díaz Díaz, historiadora de la Universidad Industrial de Santander, candidata a Magister en Historia de la UIS, coordinadora del Archivo Fotográfico de Santander, y asistente Administrativo de la Biblioteca de la UNAB.



HOMENAJE EN MEMORIA DE

Aida Martínez Carreño

HISTORIADORA Y ESCRITORA

BUGARAMANGA. 1 DE SEPTIEMBRE DE 2009